

nar; las mujeres se sientan en el suelo, formando línea, y separan con vertiginosa rapidez la espiga de su paja, arrojándola en los cestos que llevan los hombres.

Este alegre trabajo se comienza con la música de algunos violines y canciones improvisadas, en las cuales se revela el espíritu naturalmente cáustico de los portugueses; y á menudo la fiesta termina con efusión de sangre. Irónica ó amorosa, la copla no gusta á la mujer á quien se dirige; su esposo, su hermano ó su galán toman parte en su favor, y muy pronto llueven puñetazos, mientras que la copla enardece los ánimos en otro punto.

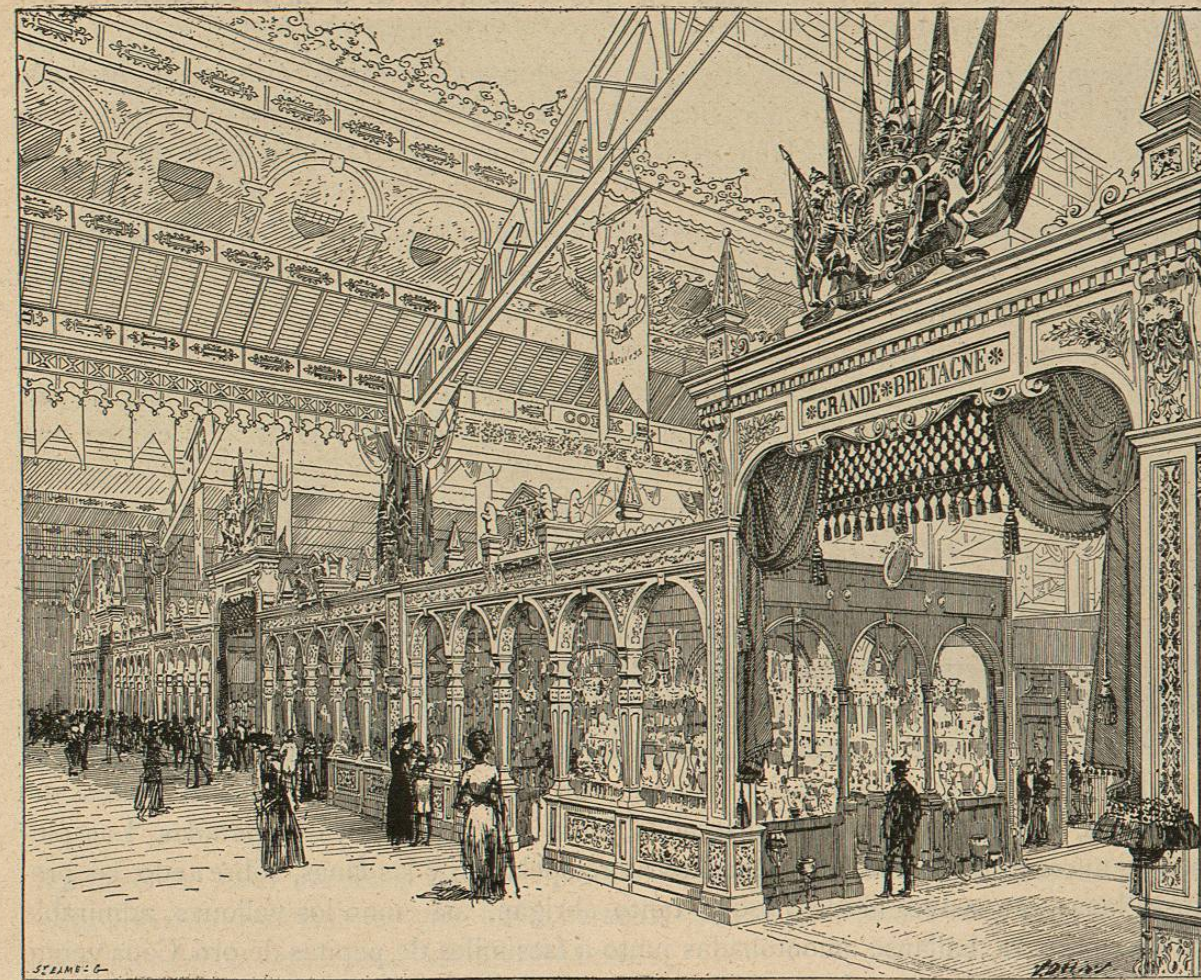
Para muchas personas, España y Portugal son semejantes; pero así como dos gotas de agua en nada se parecen, á pesar del error popular, esas dos hermanas enemigas son en un todo diferentes. España es alegre y chispeante; Portugal es profundamente triste; Lisboa, la ciudad inmensa, apenas poblada, parece esperar, como Versailles, la vuelta de personas que desaparecieron para siempre; y Cintra, ese canastillo de flores de la Lusitania, como Aranjuez es el cestito de fresas de la Iberia, apenas se despierta en verano. El silencio reina siempre en los bosques cantados por Byron; solamente hay vida en Porto, corazón inmenso hacia el cual afluye toda la sangre del país.

El Palacio de Portugal tiene tres pisos: es el triunfo de nuestro ingenioso amigo el vizconde de Melicio, que dirige el diario *O Comercio de Portugal*.

El pabellón, que ocupa una superficie de 300 metros, recuerda los monumentos de Belén, y esas obras maestras de escultura que se llamaron «de estilo Luis XV portugués.» En el piso bajo brillan los vinos en sus botellas, ó despiden un reflejo rojizo á través del grueso cristal que los aprisiona, y en el principal se hallan los productos de las Indias portuguesas: telas rayadas, sedas blandas, cretonas flexibles, armas primitivas, almohadas de cuero, vasijas de madera, objetos de vidrio, etc., etc. En medio de todo esto, elévanse ídolos de cabezas grotescas, que tienen todos un espejo en el vientre, sin duda para que aquellos que les dirigen oraciones puedan hacer convenir la expresión de su rostro con las palabras que la boca pronuncia.

Al salir de este piso, y después de dar la vuelta por la sala transformada en invernadero, donde se ven racimos de uvas perfectamente imitados, llégase al recinto consagrado en particular á la alfarería artística de Bordallo Pinheiro, á quien podría aplicarse muy bien el epíteto de nuevo Bernardo Palissy. Sus esmaltes al fuego, sus platos y sus creaciones de toda especie son las de un verdadero artista. Las fábricas de Mónaco y de Vallauris nos habían enfriado un poco respecto al género; pero Bordallo Pinheiro ha vuelto á despertar nuestro entusiasmo. En vasos enormes, transparentes como el ágata, se ve una rama de pino en la cual se enrosca una culebra, que parece realmente viva; más lejos, un plato de grandes dimensiones representa peces que tratan de salir por las mallas de una red, y anguilas que trazan caprichosas ondulaciones; y en todas partes hay ánforas y objetos de vajilla de todas dimensiones, mientras que en la pared, varios sapos y langostas, de maravillosa imitación, sujetan los tapices.

MARIA-LETIZIA DE RUTE



Fachada de la Sección inglesa

## INGLATERRA. — ESTADOS UNIDOS

A la primera mirada dirigida á la Sección inglesa obsérvase en ella un carácter de completa autonomía: los escaparates son ingleses, y tienen el estilo del mobiliario de las casas; las vendedoras, todas del mismo tipo, llevan rizos en la frente, y no son muchachas, sino *misses*, ó señoritas, como diríamos nosotros; mientras que los jóvenes que despachan unas tijeras ó cualquier otro artículo, se tienen por *caballeritos*, ó tal vez capitanes de algún ejército ideal. Estos dependientes contestan siempre en inglés á cuantas preguntas se les dirigen sobre el objeto que se quiera comprar.

Inglaterra importa más géneros que ningún otro país, pero esto no es un obstáculo para que cuantos recibe sean sometidos al punto á una tiránica naturalización. Cubrid una cabeza inglesa con la más graciosa capota ideada por una modista parisiense, y al punto veréis que toma un carácter inglés por no sé qué fenómeno especial.

Estas son las ventajas y los inconvenientes de una francmasonería nativa que, por decirlo así, no tiene secretos; la vida inglesa se lee como libro abierto en todos los materiales de la vida corriente, así en el mueble como en el tejido, así en la cerámica como en la cuchillería. Es una vida sólida, angulosa, correcta, con una comodidad paradójica que pasó al estado de dogma; y el arte que en ella se produce es un arte compuesto,

aunque muy entero, seco y fantástico, en que el esfuerzo es á menudo exclusivo del gusto.

Sin embargo, los ingleses tienen genio, un genio que se evalúa en pesos y medidas, inspirándoles á cada momento maravillas que sólo sirven para ellos, y de las que nadie disfruta sino ellos. Ese inapreciable genio del que nosotros carecemos, hace que su vida sea cómoda.

No son las faltas de gusto las que se han de notar en esta exposición, sino las pruebas de fuerza. Las primeras serían numerosas á nuestros ojos, y podríamos hallarlas en la confusión, en el extraño abuso de las materias, que induce al artífice á comunicar á un candelero de plata el aspecto de uno de cristal, ó recíprocamente; pero las pruebas de fuerza se imponen y os dominan si examináis los productos de la industria pura, de ese trabajo de fabricación de las agujas, de la cuchillería y de los tejidos, que exigen una fuerza regulada, una aplicación brutal.

La superioridad absoluta salta á la vista, debemos confesarlo así, en la sección colonial. En la galería reservada para Australia y Nueva Zelanda, las riquezas animales, minerales y vegetales se representan por magníficas muestras, cuya utilidad se adivina, y que no se han puesto allí por el vano placer de la ostentación. Trofeos aritméticamente simbólicos demuestran en masas y en cifras la cantidad de oro extraída de la tierra colonizada; mientras que las muestras de madera, eucaliptos y acacias, materias duras y susceptibles de pulimento, figuran aquí como un comentario de esos muebles brillantes y angulosos que nos da la fabricación inglesa. Allí vemos también animales extraños, ornitorincos, kanguros y oposums disecados, junto á ricas pieles ya preparadas. Las plumas de avestruz se ostentan en penachos aterciopelados; y las lanas, sobre todo, las preciosas lanas, tan suaves al tacto y que tanto abrigan, así como los vellones, admirable materia primera, hállanse amontonadas junto á facsímiles de pepitas de oro. Cada veinte años tal vez, encuéntrase alguna de éstas, de monstruosas dimensiones; y todos los días los buenos carneros dejan tomar de su cuerpo riquezas menos falaces que ese precioso metal.

Y cuando se sale de aquí, meditando sobre esa gran lección de las cosas, se vuelven á ver los escaparates que contienen las mercancías naturalizadas, y fórmanse grupos delante de las costureras y de las modistas. El tocado inglés, como todo cuanto sale del Reino Unido, es esencialmente particular, y nuestras parisienses tienden á inspirarse en su ajuste. Tal vez no vayan del todo descaminadas, pero seguramente no debieran hacerlo.

Por una asociación de ideas admitida, pero que tal vez no se justifica del todo, se tiene la curiosidad de pasar desde esta sección á la de los Estados Unidos, donde la influencia inglesa no predomina, á pesar del idioma y de los orígenes.

Aquí, el fonógrafo, el grafófono y la máquina de escribir ocupan el primer lugar. El segundo de estos aparatos, perfeccionamiento negativo del primero, es una especie de máquina de coser que recoge los sonidos y los reproduce con un ruido bronco. ¿Y qué se dirá de las máquinas de escribir? Lo menos hay aquí diez modelos diferentes, en cuyo manejo se ocupan algunas jóvenes flemáticas.

La sección americana contiene máquinas en que antes no se hubiera soñado: las hay para hacer las cuentas de caja, y para comprobar el importe de las compras hechas por algún torpe en un almacén. El sistema de correos es extraordinario, y tan racional y cómodo, que sin duda no se adoptará entre nosotros tan pronto como quisiéramos. Hay



Indios Piel-Rojas (Historia de la habitación)

muestras de esas instalaciones, con innumerables cajitas exteriores numeradas, donde cada abonado, provisto de una llave personal, puede encontrar á toda hora del día su correspondencia sin esperar las distribuciones.

En esas tierras jóvenes de los Estados Unidos se trabaja con afán, y la actividad es prodigiosa, no bastando la Exposición para darnos una idea de ello.

Sin embargo han de pasar aún dos ó tres generaciones para que el americano se despoje, por el refinamiento que lleva consigo la cultura hereditaria, de ese amor á la ostentación de las riquezas, y de su manía, tan ridícula á veces, de engalanar con guirnaldas su positivismo.

Sería muy fácil poner en caricatura esas confusiones de los *yankes* deteniéndose ante la Venus de Milo, de tamaño natural, modelada en chocolate puro, azúcar y cacao; ó bien ante ese imponente homenaje tributado á los veintidós Presidentes de los Estados Unidos, cuyas figuras se han perpetuado, gracias á los esfuerzos de algún industrial aficionado á los estudios históricos, en las pipas de espuma de mar.

Pero sin ánimo de insistir más de lo conveniente sobre los ligeros errores de un gran país, y sin buscar deducciones económicas y sociales ante los gigantes pupitres de cilindro que aquí se ostentan cual formidables ametralladoras comerciales, permítaseme por lo menos sonreír ante este rasgo de americanismo: la gloriosa espada de Washington, y cuatro autógrafos de él (nada de máquina de escribir), expuestos en un escaparate entre muestras de minerales y de cueros curtidos por un nuevo sistema.

ARSENIO ALEXANDRE